



A LA MERIDIANA, DESDE EL CENIT

*Nicolás Yaksic Triantafilo
Subteniente LTR.N.*

El comandante ya no se encuentra a bordo; habrá pensado que no le escuchamos o que no quisimos acompañarle.

Si es esto último, qué dolor mi comandante; no pensará esto Ud., con su cuerpo yaciendo en la cubierta del gigante enemigo y vuestra alma mirando desde el infinito celeste.

No mi comandante; el Teniente Serrano, corre por la cubierta reuniéndonos, habla con su entusiasmo acostumbrado con cada uno de los que ha escogido, y ahora se encuentran agrupados hacha y revólver en mano, esperando el segundo golpe del monitor; sesenta entusiastas y enardecidos vengadores.

Esta vez su embestida fue más veloz, despedazando el costado de nuestra vieja corbeta; desafortunadamente, ante el rápido retroceso del agresor, con el teniente Serrano, sólo fueron catorce los que alcanzaron a abordarlo.

Si hubiesen abordado los sesenta, el peligro habría sido mayor; por eso el gigante se retiró con celeridad.

Rechazar el abordaje, ordenó el comandante del Huáscar. Con prontitud el teniente Arellano gritó "arriba mis buitres", que era como les llamaban a los que componían la guarnición del monitor.

No habiendo alcanzado hasta ese heroico grupo de la diezmada tripulación, para tomarla por prisioneros, -de seguro el brillo de sus ojos les encandilaba- se mantienen, protegidos por su acero, bramando fuego por su inmensa boca.

Cómo hubiesen querido estas maravillosas personas que se arriesgaron en el abordaje, haber seguido días antes más al norte, pertene-

ciendo a las privilegiadas dotaciones de los grandes buques; los que iban en pos de la escuadra enemiga; aquellos que no esperaron, sino que se dirigieron a buscar al enemigo en su propio nido.

No sabían que la mano mágica de los tiempos les tocaría, recibiendo de ella la posibilidad de pasar a la gloria por siempre. "Gloria Victoria", lema que más de alguna vez lo habían leído, grabado en la caña de su buque.

Pero estos custodios de la estrella de plata prendida en el azul turquí, quedaban olvidados en una bahía, a bordo de sus vetustos navíos, casi inservibles, cumpliendo una misión secundaria a la vista de la otra que pretendía ser gloriosa; pero el destino se puso de su lado, posibilitándoles plasmar sus virtudes con los cúmulos de gloria que el viento traía.

Serrano avanzó por la cubierta, en dirección a la torre del comandante enemigo, intentando por todos sus medios emular a su querido comandante, para caer finalmente al costado de ella, herido de muerte.

Brutal lucha cuerpo a cuerpo, en la que tantos murieron, quedando sus cadáveres sobre la insensible y helada cubierta, o caídos al mar, en esa bendita tumba de los bravos marineros.

En la heroica corbeta, cuatro horas de combate a muerte; la máquina había dejado de funcionar, el agua llegaba a las bodegas.

El coloso de hierro volvió por tercera vez y cuando iba a golpear con su espolón lanzó una andanada de fuego sobre los despojos que quedaban, acribillando a los valientes e indomables combatientes.

Sólo quedaba el alma de la inmortal corbeta, que se mantenía adherida, no queriendo aún zarpar a la gloria, prendida de cada tabla humeante, de cada cuerpo yacente, que no tenía la flaccidez del cadáver, sino que, aunque rígido, deseaba seguir combatiendo.

De esta alma de la nave, cautivado por su espíritu, surge Ernesto Riquelme, de pie, vivo o muerto, muerto o vivo; el alma, su espíritu, una figura etérea. ¿Cómo definirlo?

Veintisiete años; un joven chileno, poeta y enamorado. Sus últimos pensamientos, ¿Dónde y cuándo correrían? ¿Del cielo a la tierra, de la tierra al cielo?

Destellaban los botones de sus mangas, acariciados por los cálidos rayos del astro rey, mientras alzaba un brazo llevando la espada al cielo emulando el día en que prestara juramento y, con el otro, inclinado su cuerpo ya mágico e inmortal, disparaba con el último cañón a flote, una salva de honor que, respondiendo hidalgamente al agresor, saludaba a su invicto pabellón, donde la estrella más que nunca brillaba y el rojo ya no era de tela ni paño alguno, era la sangre de los bravos.

—

Entre ellos había muchos valientes venidos de lejanos y distintos lugares, pueblos y costumbres, recién llegados y ya tempranamente arraigados y mezclados con los guerreros de Arauco.

Devota y amorosamente se habían embarcado, con el pecho henchido y los brazos ávidos de maniobra, para pasear el sentir patrio de su joven nación por el océano Pacífico.

Bisoña marinería, miscelánea dotación, arrancada sus raíces de centenarias culturas

marítimas, de valerosas razas, algunos de ellos descendientes de los vencedores de Salamina, que quedaron confundidos con los demás chilenos, después del bautismo de fuego de Iquique.

Fue así como llegaron a bordo presurosamente enganchados por el teniente Uribe durante los últimos días de febrero de 1879, entre otros, los griegos. Llegaron en tropel, salvo Micalvi, quien había ingresado anteriormente a la Armada, el 3 de noviembre de 1877.

Cuántas bromas habrán recibido de sus camaradas, estos camaradas que hablaban en gringo, y en las tardes jugaban dados en la cubierta, mientras se refrescaban con la brisa del surweste.

Constantino Micalvi, Contra maestre 1º (Constantinos Micalbi), sobreviviente del combate y tomado prisionero, quien una vez recuperada su libertad, se embarcó en la triunfadora de Punta Gruesa, prestando un gran servicio a la Marina. Fallecería tiempo después durante el bloqueo de Chancay, puerto al norte de el Callao, cuando una oculta carga explotó durante la jornada del 13 de septiembre de 1880.

Pedro Estamatópoli, Fogonero 2º, siendo su verdadero nombre, Petros Stomatopoulos.

Esteban Despots, Marinero 2º, pareciendo de origen francés, pero llamándose realmente Estefanos Despots.

Tomás Blanco Pulo, Capitán de Altos, quien, llevando la pronunciación de su nombre a nuestro alfabeto, sería Zomás Blancopoulos.

Demetrio George, Capitán de Altos, siendo su nombre, Dimitri Georgiu.

“GLORIA VICTORIA”

